

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONTINUACION DE LAS CONFERENCIAS INSERTAS
EN LOS NÚMEROS ANTERIORES.

Si estuvieran aquí los hombres, que hacen consistir en su propia energia el secreto del progreso humano, yo les diría, no con amargura, sino con amor: vosotros que no buscáis con nosotros el lugar en que está el secreto divino del progreso, procurad conocerlos y juzgarlos, y decidme despues, ¿os sentís bastante fuertes para consolidar todo lo que es débil? ¿creeis que estais tan alto que podais levantar todo lo que está caido? ¿os considerais tan radiantes que podais iluminar todo lo que está oscuro? en una palabra, ¿sois tan perfectos y progresistas que fieis á vuestra perfeccion el progreso del mundo y el vuestro?

Pues, que ¿vosotros caidos y desheredados como nosotros, os atreveriais á pedir á vosotros mismos la riqueza, la posesion y la grandeza? Vosotros que sois débiles como nosotros ¿hallaréis en vosotros mismos la fuerza, la medicina y la restauracion de todos? Eso sería pedir la curacion á la herida, la restauracion á las ruinas, los progresos á la misma decadencia; Ah! dejadme que os grite, recordandoos á Aquel que restaura todas las cosas. Cuando vais en pos del progreso lejos de Jesucristo Dios, vues-

tra marcha no es un progreso, es una *recaida*. Separandoos de Jesucristo autor y consumidor del verdadero progreso, porque es el restaurador de la vida de Dios en el hombre, sois lo que un autor os ha llamado con tan admirable exactitud; sois *los hombres de la segunda caida*.

Si quereis subir y siempre subir, saludad la verdadera bandera del progreso. Empezad con nosotros para acabar con nosotros, levantad sobre la *creacion*, sobre la *caida* y la *redencion*, como sobre tres columnas divinas ese edificio sagrado del progreso del hombre en Dios, cuyo centro, cuya base, y cuya cúspide divina es Nuestro Señor Jesucristo.

Conferencia III.

¿CUAL ES EL TÉRMINO DEL PROGRESO HUMANO?

I.

¿Cuál es el término supremo del progreso humano? Tal es la cuestion superior que se suscita en toda inteligencia que busca la doctrina del progreso.

Respecto de este segundo punto fundamental de la doctrina, pudiera yo señalaros las incertidumbres, escitaciones, dudas, é ignorancias de los filósofos mas orgullosos y confiados; pero prefiero hablaros de una filosofía muy contemporanea, que hace algun ruido, de un procedimiento singular tan falto de lógica co-

mo fecundo en seducción. A la pregunta que se hace ¿dónde está el término final del progreso humano? esa filosofía responde solamente *De término no consta*. De esta manera para constituir la doctrina del progreso se hace precisamente lo contrario de lo que nosotros hacemos: en vez de demostrar el fin, le suprime! Robándonos el término, nos señala con el dedo caminos infinitos, como a todo hombre «marcha de existencia en existencia y de transformación en transformación siguiendo en la lontananza de tu porvenir las eternas vías de tu progreso indefinido.» Lo *indefinido*.... tomado en su sentido más riguroso y metafísico, tal es la palabra sacramental en esta nueva teoría del progreso; tal es hoy la gran estrategia del error y su seducción suprema; y ved por qué he resuelto deciros sobre este punto toda la verdad, con la libertad que me dá la grandeza de mi ministerio y mi confianza en vosotros.

Lo *indefinido* es el signo contradictorio de Dios y de la verdad. Dios que lo sabe todo, lo define todo. La ciencia de Dios está marcada con este sello, cuánto más se acerca uno á Dios y á la verdad, tanto más se aproxima uno á la *definición*. La Iglesia, que es la vida del Verbo y la función de Dios en la humanidad, siente y guarda desde hace diez y ocho siglos la pasión de *definir*. La *definición* es la espada con que la Iglesia alcanza sobre el error las grandes victorias de la doctrina.

El error anticristiano, ó la ciencia satánica, tiene un carácter opuesto. Aborrece la *definición* y este es el signo característico del genio de Satanás.

El error bajo formas más ó menos vituperables había afectado hasta aquí su pasión por lo *indefinido*. Nada hay en esto de nuevo, ni nada tampoco que no pertenezca á vuestros tiempos; pero lo que caracteriza en sus tendencias más universales y en sus puntos más culminantes las nuevas teorías del progreso en todo orden de cosas, es presentar á lo *indefinido* como la palabra reveladora, como el signo de la ciencia y como la

ciencia misma; enciclopedia nueva que quisiera absorber en su unidad confusa todos los dogmas definidos.

Yo me dirija especialmente en este lugar á los hombres cuyo pensamiento respira en la atmósfera contemporánea, el soplo de nuestros grandes errores. Escuchad los discursos, leed los libros, haced hablar á las almas, y en todas partes encontrareis esta palabra que por todas partes se desborda, lo *indefinido*. Ni leéis, ni oís más que transformaciones *indefinidas*, perfectibilidad *indefinida* y progresos *indefinidos*, desenvolvimiento *indefinido* de la ciencia, dilatación *indefinida* del arte, mejora *indefinida* del hombre, expansión *indefinida* de la fraternidad, disminución *indefinida* de las guerras, pacificación *indefinida* de los pueblos, abolición *indefinida* de la miseria y del proletariado, ascensión *indefinida* del capital y de la riqueza, vuelo *indefinido* de la industria, del comercio y de la agricultura, reinado social *indefinido* del evangelio y del paraíso en la tierra. Id, del Oriente al Occidente, del Mediodía al Septentrion y no podreis libraros de la fascinación de esa palabra, espejo universal de los grandes errores contemporáneos.

Yo no entro en la cuestión de saber si esta palabra tiene ó no en todo orden de cosas un sentido legítimo. Yo no investigo en este momento si hay ó no para la humanidad del porvenir, como para la humanidad de lo pasado, un apogeo científico literario, moral, industrial y social. No es posible decirlo todo á la vez, y en este momento debemos resolver una cuestión más grave.

Seguramente, la aplicación universal á tantas cosas diferentes de una misma palabra que alhaga todos los instintos del orgullo y de la codicia, es en la sociedad viviente un mal inmenso y el signo real de una enfermedad profunda en las inteligencias y en las almas. Mal, que viene de más alto y que va mucho más lejos. La suprema decepción, el gran escándalo de las inteligencias en este momento, consiste en que esta palabra, lo *indefinido*, viene á fijar su asiento en nombre de la

ciencia, allí mismo donde *lo definido* es de esencia de las cosas, es decir, en el fin último de la vida, en el término supremo del progreso humano. Aquí no se trata solamente de la marcha terrestre del hombre y de su pasaje progresivo en el tiempo, se trata del límite que debe estar al fin de todos los movimientos, de todas las marchas, de todas las aspiraciones de la vida humana, se trata del fin último y del término eterno de todos esos progresos que nosotros podemos cumplir en el tiempo.

Pues bien, en esa elevada cumbre de las cosas, es donde una metafísica soberbia despliega la bandera de *lo indefinido*. Es necesario ver y oír un compendio de esa filosofía confusa y de esa metafísica adivinatoria; de esa filosofía que puede reasumirse en una sola palabra: *lo indefinido* en todas direcciones y en todos sentidos.

Cuando mira atrás para abarcar la duración de los siglos pasados y de los progresos ya cumplidos, esa filosofía dice, *indefinido*. El mundo no tiene razón para empezar en un momento mas bien que en otro, y tiene una razón decisiva para existir *indefinidamente*. La creación es como una mano asentada desde todos los tiempos sobre la arena, trazando en ella caracteres.... Si el universo tiene un principio, es un principio *indefinido*; y *lo indefinido* sobre el nacimiento del mundo, se aplica al nacimiento del alma humana. El alma debió ser creada en el estado menos elevado; pero su principio es *indefinido*. Tal es el oráculo retrospectivo que da esa filosofía mirando detrás de sí.

Cuando mira alrededor de sí para medir la estension, también dice *indefinido*. El universo no tiene límites. Si la creación tiene una razón para existir en un lugar, también tiene una razón para existir en todos los lugares. Mas allá de los últimos soles que nosotros percibimos, hay otros soles y siempre van caminando de abismos en abismos y de soles en soles.

Los límites no están en el universo;

están en nosotros. El universo tiene una estension *indefinida*. *Lo indefinido* en la duración de los siglos pasados, *lo indefinido* en la estension de los mundos existentes, tales son las dos primeras bases de esa filosofía. Esas dos *infinidades* ó más bien esos dos *indefinidos* se parecen, según dicen, á dos pilares que se fortifican mutuamente, elevan el universo por encima de nosotros y le hacen subir hasta Dios.

Para coronar el edificio levantado sobre esos dos *indefinidos* hay otro pimer *indefinido*: El *indefinido* del porvenir, campo ilimitado é inconmensurable de una progresión que debe subir eternamente hacia alturas *indefinidas* en una carrera sin parada.

Tal es el oráculo profético. Nuestro progreso es una marcha sin límites, un viaje sin término una gravitación eterna de nuestra vida hácia un centro de atracción, hácia el cual debe dirigirse siempre sin que jamás llegue á él.

Ved ahí la alta cima del edificio, cima espléndida en que esta filosofía se asienta para dar la ley del progreso y las marchas del hombre, como dá la ley de los mundos y las marchas de los soles. Luego que ha llegado allí, contempla la teoría que acaba de construir con su pensamiento, casi de la misma manera que Nabucodonosor miraba á Babilonia ó á la ciudad de la confusión edificada por sus manos; y dominado su corazón por un orgullo desmedido y estando cara á cara con esos tres *indefinidos* que acaba de levantar unos sobre otros, se siente sobrecogido por un desvanecimiento y vértigo supremos y en nombre de la razón se dirige á desacreditar á lo *infinito*.

Desde el fondo de su oscuridades desprecia todo lo que es claro; desde lo alto de esos tres *indefinidos* insulta á todo lo que es *definido*. Se rie de nuestro *Paraiso* porque el *Paraiso* es una felicidad *definida*; blasfema contra nuestro *Inferno*, porque el *Inferno* es la desgracia *definida*, sin purificación ni rehabilitación *indefinidas*. Se mofa de la teología con el nombre de escolasticismo y del catolicismo con el

nombre de edad media; y despues de haber insultado todo lo que la condena, es decir, todo lo que se establece con un término; con un limite y con una *definicion*, se pone como una loca á arrancar todos los limites que separan las cosas, de las cosas, las naturalezas de las naturalezas, las esencias de las esencias y ante sus miradas confusas, todo se mezcla, todo se confunde y todo choca en un caos inmenso.

Las fronteras del bien y del mal separadas por abismos eternos, se van acercando *indefinidamente* y vienen despues de siglos de purificaciones á converger en un mismo punto, para seguir en una identidad perfecta su viage eterno por vías *indefinidas*.

Las barreras que en el pensamiento de todos los pueblos y de todos los teólogos, separaban al tiempo de la eternidad, caen bajo el peso de su mirada. El tiempo no es mas que un episodio de imaginaria eternidad; y la duracion, segun esta filosofia contradictoria, no es otra cosa que un *tiempo eterno*.

La naturaleza humana y la naturaleza angélica, siempre distintas en la idea teológica, se identifican de repente, el ángel llega á ser un hombre perfeccionado y el hombre un ángel imperfecto: y ya veis como en este sistema, sin establecer diferencia ninguna, están animadas por un mismo soplo y petrificadas en una misma materia, esas dos naturalezas, tan separadas entre si como la tierra del cielo. ¿Pero qué digo? el cielo y la tierra participan tambien de la confusion universal, y se penetran y se encierran el uno en la otra. Cielo y tierra no son ya dos cosas, sino una cosa sola. La tierra que hollamos con nuestros pies, *rueda en el cielo* y, es un *elemento de nuestro cielo*; y el mismo cielo, saludado por todos los pueblos, como lugar de cita de los viajeros del tiempo, el cielo no es una morada, es un camino; gran vía eterna, por la que deben marchar siempre las almas sin alcanzar jamás el punto de arribada. La filosofia de lo *indefinido* desde las alturas donde mira, nos presenta efectivamente á las almas,

pasando por transformaciones sucesivas en ese camino sin fin; construyéndose á si mismas en ese paso progresivo, un *organismo cada vez mas perfecto*; yendo por yo no sé qué misterioso poder de habitáculo en habitáculo, de mundo en mundo, y corriendo á la luz de los soles, *de emigraciones en emigraciones y de metamorfosis en metamorfosis*, el curso diverso de su inmortalidad perpétuamente vária y diversa. Esa es, señores, la nueva ciencia que se presenta ante vosotros para esplicaros el misterio de nuestro destino. Pero yo me equivoco. Ved ahí bajo su manto rejuvenecido, esa filosofia vieja, con vejez de tres mil años; metemsi-cosis renovada de los antiguos, reforzada con matemáticas, con fisica y astronomía, que viene en nombre de algunos hombres ignorados á exigirnos reformemos nuestro dogma de diez y ocho siglos; y viene envuelta en misterios tales, que jamás los trajo religion alguna, solicitando de vosotros repudiéis nuestros misterios; y lo que es mas incomprendible, viene en nombre de lo *indefinido* pidiendo á vuestro simbolo una definicion mejor y que le explique lo que vosotros entendeis por esta última palabra de vuestro simbolo, *ad vitam æternam*. Pues bien; esa filosofia imperativa, que se erige en juez de las definiciones divinas, es preciso que sea juzgada, y para juzgarla irrevocablemente la remito á un juez, el mas infalible despues de Dios, la denuncio al tribunal del buen sentido popular.

II.

Hay un poder invencible con que nos ha armado la Providencia para defender las verdades primordiales y conservadoras, contra las preocupaciones de las filosofías engañosas y contra las agresiones de los génius malélicos: ese poder es el *buen sentido*; el buen sentido, esa sabiduria anterior á toda filosofia y que sobrevive á todos los sistemas; el buen sentido, pátria comun de las inteligencias bien nacidas, que se alumbra con un mismo sol: el buen sentido, que un hombre há lla-

mado con precision el genio de la humanidad, genio que nunca nos engaña, porque nada hay que más se asemeje á la inteligencia de Dios, que el buen sentido en el hombre. ¿Qué dice, pues, en estas cuestiones el buen sentido popular? ¿qué dicen á un mismo tiempo el pueblo y los reyes de la inteligencia, cuando el orgullo del sistema y el fanatismo de la idea personal no los ha cegado? Dicen que la existencia de un término final para el progreso humano, es de necesidad absoluta y radical.

Hay una metafísica radical y una filosofía fundamental que se ocultan en las palabras que el hombre habla; y que son el verbo popular del buen sentido del género humano; y tan es así, que la contradicción no puede estar en el fondo de las cosas sin traducirse en el conflicto de las palabras. Analizad por un momento la palabra progreso, y vereis que exige para tener sentido un fin absoluto. La palabra progreso, se deriva de la latina *progredi*. Progreso quiere decir avanzar, marchar de un punto á otro; *progressus* significa *marcha*, no una marcha cualquiera atrás ó por defuera, sino una marcha hácia adelante. Este es su sentido radical. Luego si el progreso significa una marcha hácia adelante, no es difícil decidir lo que es una marcha hácia adelante. Una marcha hácia adelante es dar pasos hácia el fin, como una marcha hácia atrás es dar pasos hácia un punto que está lejos del fin. De aquí resulta, que para decidir si se avanza ó se retrocede, es necesario saber ante todo donde está el fin; y puesto que se trata de la vida humana y del progreso humano, es indispensable saber cuál es el término final de la vida y el término supremo del progreso humano.

La filosofía de las palabras, proclama con la filosofía de las cosas, que para saber si el hombre avanza conviene saber cuál es su fin, no su fin secundario, inmediato ó intermediario, sino su fin supremo, su término definitivo. Sí, la humanidad entera os grita como un solo hombre: ¿Dónde está mi fin, y os diré

si avanzo? Mi progreso es mi marcha hácia mi destino; ¿cuál es mi destino? Mi progreso es el vuelo de mi vida hácia su progreso ideal; ¿dónde está mi ideal? Mi progreso es marchar hácia mi término. ¿Dónde está mi término? Si no respondeis sin rodeos á estas preguntas que se escapan de las profundidades de mi inteligencia, no me volvais á hablar ya de progreso, porque no os comprenderé. Sé que vivo, sé que marchó, sé que me agito; pero esta vida, ¿es un progreso ó una decadencia? ¡Misterio! Esta marcha ¿es un paso adelante ó un paso atrás? ¡Misterio! Esta agitacion ¿es la rotacion estéril de una vida, que se consume girando sobre sí misma, ó es el movimiento fecundo de mi vida, dirigiéndose á un destino feliz? ¡Misterio! Por última vez decidme á donde voy, y os diré si progreso.

La humanidad tiene cien veces razon, cuando por la voz del buen sentido reclama la solucion á aquellas preguntas. Sin esa antorcha encendida en el término del progreso para alumbrar todos los caminos, la humanidad es en la tierra semejante á un viajero extraviado en la noche y que ha perdido su Oriente. No sabe donde va, y no sabiéndolo, ignora si adelanta ó retrocede, ignora si va extraviado ó si está en el camino.

En vano los filósofos gritarán á la humanidad en la oscuridad de la noche. «Marcha, marcha, tu ley es marchar, porque la vida es un progreso;» porque la humanidad replicará: Pero ¿por qué he de marchar si no conozco el camino? ¿por qué he de marchar si acaso me estrellaré en un obstáculo, ó caeré en un abismo, para rodar sin cesar en un torbellino sin fin? ¡Ah! mas quiero detenerme, mas prefiero hacer un alto sin peligro, que continuar una marcha desconocida.

En vano ocultareis á la humanidad en masa las consecuencias lógicas de vuestro progreso sin término; mas fácil sería sustraerla de las leyes fatales de su propia inteligencia. No lo olvideis.... si podeis hacer que las leyes de la naturaleza física reconozcan vuestro imperio, preci-

so es que acepteis el imperio eterno de la lógica de las cosas que condena á la contradicción todo pensamiento que concibe un progreso sin término final, es decir, un progreso sin la condición, sin la esencia misma del progreso.

Ya lo veis: el progreso sin término *definido* es la misma contradicción, es la afirmación y la negación, es la palabra alterada, es la idea trastornada, es progreso que no avanza, es marcha que no va á ninguna parte, es término que no termina, es destino que no está fijo. Esto es en cuanto á la alteración en las palabras; y en cuanto al trastorno en las cosas, es la ausencia de lo absoluto, es la contingencia eterna, es la variación hasta lo infinito, en una palabra, es todo lo que es falso de lógica; es todo lo que es contradictorio é incoherente.....

III.

¿Quién pondrá la armonía en el lugar de la contradicción universal? ¿Quién introducirá la luz en el seno de la confusión? ¡Ah! señores, solo el cristianismo es el que de un modo admirable resuelve con una sencillez divina esas cuestiones primordiales, en que el error arroja á Dios, á las cosas y á nosotros mismos, en una confusión impía y en contradicciones dolorosas. Escuchad esa solución cristiana y popular.

El hombre criado por el poder de Dios, debe volver á Dios: y no solamente debe seguir á Dios, sino llegar á él, porque Dios solo es su fin como es su principio; y es su fin porque es su principio. Dios al criar al hombre con una creación libre, le dijo: *Marcha*.... Y esta es la carrera que se abre, es el alfa del progreso. El hombre que llega á Dios y le abraza en un eterno raptó exclamando: *yo le he encontrado*, es la carrera que se cierra, es el omega del progreso; el progreso que empieza por la acción de Dios, creando en el hombre una capacidad de lo infinito, el progreso que se consume por el don infinito de Dios al hombre, completando en él la capacidad que El solo

ha podido crear. Estos son los dos términos que se corresponden, y sostienen las dos columnas del edificio del progreso.

Dios desde el fondo de su cielo y de su eternidad llama á sí al hombre á quien ha creado para sí. Dios abre su seno ante el hombre, su seno que es el seno de lo infinito; le muestra allí en el centro de El mismo el habitáculo vivo de su felicidad, y ligándolo á sí con tres cadenas divinas, la fé, la esperanza y la caridad, le atrae, y le atrae siempre, diciéndole: Ven á mí... ven... Como yo soy tu principio, soy tu fin... Ven, como soy tu criador, quiero ser tu remunerador... Ven... y de progreso en progreso llega hasta mí... porque tu progreso sale de mí y no puede terminar mas que en mí. Como yo soy el primero, soy el último y nadie hay despues de mí. Ven á mí... anda... no para andar siempre, si para llegar, y llegar á lo Infinito. Desea, no para desear siempre, sino para poseer un día y poseer el Infinito. Sube... y sube mas, pero no para subir siempre hácia un ideal que eternamente se sustrae y se vá, sube, si para llegar al ideal infinito que está en Mí y que soy yo mismo. Sí, yo mismo, hijo mio, corona eterna de los progresos del tiempo, yo soy el que te espero.

Hoy no puedes mas que entreverme con el auxilio de tu fé, llamarme con el auxilio de tu esperanza, y seguirme con el auxilio de tu amor; pero ánimo, hijo mio, marcha por la sombra de tu fé, y á fuerza de creer, merece la dicha de verme. ¡Animo! hijo mio, marcha confiado en mi promesa y apoyado en tu esperanza, y merece á fuerza de desearme la felicidad de poseerme. Animo, hijo mio. Marcha purificándote de prueba en prueba en el fuego sagrado de tu amor; y merece á fuerza de sacrificarte conmigo, la ventura de gozar de mí.... Yo solo, yo todo entero y siempre yo; yo seré tu recompensa.

Si, señores; Dios *visto* eternamente cara á cara. Dios amado con un amor eterno. Dios poseido con una alegría eterna; vision intuitiva de lo Infinito; teniendo

por medida en el cielo la medida de nuestra fe en la tierra; amor beatífico de lo Infinito, teniendo por medida en el cielo la medida de nuestra esperanza en la tierra, posesión estasiadora de lo Infinito, teniendo por medida en el cielo la medida de nuestros sacrificios en la tierra; Dios en fin, en el cielo, dado infinitamente á todos por la vision, por el amor y por la posesion de El mismo, y dado á cada uno segun la medida de su fe, de su esperanza y de su caridad en la tierra, eso es el *Paraiso*. Paraiso determinado con la gerarquia ascendente; pero definido en sus felicidades. Esta es la solucion católica y la solucion siempre popular. La Iglesia y el pueblo conviniendo en una misma fe, jamas saludarán á otro Paraiso, que á este Paraiso, ni á otro término que á este término de los movimientos de la vida y de los progresos del hombre.

Tal es el término final del progreso. Vedle ahí definido, fijado, dogmatizado; semejante á un faro luminoso, colocado por la mano de Dios en las mas altas cumbres de la vida, para iluminar todos los senderos, para guiar todas las marchas y todos los progresos legitimos. Ante esa luz veo disiparse con sus sábias quimeras todos los fantasmas de lo *indefinido*

. No mas alteraciones indefinidas, no mas evoluciones indefinidas, no mas peregrinaciones indefinidas, marcha contradictoria y progreso imposible en que la vida huyéndose á si misma, caminaría de etapas en etapas para dirigirse por una duracion que no es ni el tiempo ni la eternidad, hácia un fin que no puede haber, hácia una conclusion que no puede existir. Todo está definido. Dios mismo se asienta en su infinidad como la plenitud y la dicha del hombre. El es la conclusion infinita que se resuelve en su principio. El hombre no sigue ya á Dios, llega á El; el hombre no gravita ya hácia un centro que huye, se fija en un centro á que ha llegado; y allí se detiene y se sumerge eternamente en Dios, y en la plenitud que se realiza en él, siente como complemento de su felicidad, la im-

posibilidad venturosa de ese mas allá, y de dilatar sus aspiraciones; ¿porqué que hay más allá de lo infinito, ni á qué mas puede aspirarse que á poseer á Dios? Entonces á la luz de esa claridad que desciende sobre todo con la luz del fin, veo reaparecer las fronteras que separan las cosas de las cosas, y que la filosofia de lo indefinido envolvía en sus dogmas confusos, como se ven las cimas de las altas montañas confundidas en las tinieblas, delineadas con sus formas distintas, cuando el sol viene á alumbrarlas. Allí el bien y el mal no vendrán á reunirse en union monstruosa y en identificacion fatal. El hombre ha llegado á su término, él tiene ya lo que queria tener; el hombre permanece eternamente unido á Dios. Del mismo modo, si el hombre se ha alejado de su término, se ha alejado porque ha querido y permanece eternamente separado de su Dios. El mal no abrazará ya al bien, el mal será un cismático eterno. Hay, pues, un Paraiso: Dios eternamente abrazado. Hay un infierno. Dios eternamente rechazado. Todo esto está definido; todo esto está establecido y la filosofia de lo indefinido jamas destruirá estas fronteras eternas.

Una vez establecido este dogma, todo queda espedito, todo sale de la confusion metafisica en que la inteligencia no comprende nada; porque todo se identifica con todo: El cielo ni es ya la tierra, ni la tierra es el cielo; el tiempo no está en la eternidad, ni la eternidad en el tiempo, hay un cielo y ese cielo está fuera de la tierra; hay un término y ese término está fuera del tiempo, hay un paraiso, ese paraiso está fuera de la naturaleza; está en el seno profundo del Autor de la naturaleza; hay en fin, un destino, destino último, y ese destino fuera de lo infinito, es el mismo infinito; el infinito visto con mirada eterna; abrazado con amor eterno; poseido con alegría eterna. Cuando el hombre sienta ese triple movimiento del infinito que ha tocado, exclamará: «Se ha consumado el progreso; todo el progreso de mi vida en el tiempo vino á resolverse,

y completarse, en la vision, en el amor, en la posesion de lo infinito.»

Ved, señores, en la solucion católica, la coronacion espléndida de todos los progresos de la vida, ascendiendo por senderos legitimos y de perfeccion en perfeccion, hasta la posesion de ese infinito que se descubre, que se dá, que se derrama en el hombre á medida de los progresos y de la perfeccion de la vida. ¿Qué puede oponer lealmente la filosofia de la razon humana á esta solucion divina de la fé católica? ¿Se dirá, para combatir esta doctrina, que para la consumacion de su dicha necesita el hombre una fé eterna, de una esperanza eterna de un movimiento sin fin en una vida eterna? Así se ha dicho en efecto. Segun esta filosofia es necesaria una fé eterna, por cuyo medio el hombre se adhiera á su propio ideal sin verle jamás cara á cara; porque esa eterna mirada lanzada sobre el ideal, sería una muerte de nuestra inteligencia.

Y vosotros que no soportais en el tiempo las sombras de nuestra fé, ¿sois los que exigís en el hombre una fé eterna? Y vosotros, que invocais aun sobre la tierra la clara vision de todas las cosas, y quereis romper con vuestra mano todos los velos que os roban el fondo de nuestros misterios, ¿sois los que pedís para nosotros la eternidad de la fé! Vosotros, los que negais en nuestro cielo la clara vision del infinito. ¡Ah! Comprende la fé sobre la tierra que hay sombras en el camino... pero ¿por qué me habláis de fé en el cielo, cuando ya he encontrado la vision...? ¡Ah! un sol ha salido, y ya no hay sombras. Veo á Dios. Dios me mira, y yo aspiro el principio y esencia de mi beatitud en esa eterna morada.

Vosotros decís tambien. El hombre tiene necesidad de una esperanza eterna. Mientras que el alma exista, en ella se irradia la esperanza: quitarla la esperanza, es quitarla el celo por la inmortalidad. ¡Ah! Si el destino no es mas que un viaje eterno, ¿no es eso una esperanza que se abriga con la certidumbre de no poder abrazar lo que no se ha podido esperar? ¿Puede llamarse esperanza eso que ve

huir eternamente lo que nunca alcanzará? La esperanza tiene una promesa para apoyarse; una mirada para dirigirse; y vuestra esperanza no está apoyada mas que en un destino; y no mira mas que al vacío. Aun en esta tierra en que la esperanza está tambien colocada en su lugar para consolarnos con la felioidad presente, ¿podría ser bastante para vosotros esperar siempre y no conseguir jamás? Cuando amais alguna cosa, ¿os contentais con no abrazar nada mas que vuestros deseos?

(Se continuará.)

ANUNCIO.

TOLEDO EN LA MANO,

ó descripción histórico-artística

DE

LA MAGNIFICA CATEDRAL

y de los damas célebres monumentos y cosas notables que encierra esta famosa ciudad, antigua corte de España: con una explicacion sucinta de la misa y oficio que se titula Muzarabe, y de las mas principales ceremonias que se practican en las funciones y solemnidades religiosas de la Santa Iglesia Primada.

POR DON SISTO RAMON PARRO.

La obra constará de dos tomos en octavo, marca francesa, con papel superior y carácter de letra igual á la del prospecto, haciéndose la publicacion por cuadernos de *ciento sesenta páginas* cada uno, de manera que toda ella venga á completarse en siete ú ocho entregas, acompañándose cubiertas de color, portadas é índices para cada tomo, y al fin del segundo se añadirá la lista de los señores suscritores.

El precio de cada cuaderno de diez pliegos ó sean *ciento sesenta páginas*, será para los suscritores *cuatro reales* anticipados, de modo que al verificar la suscripcion se pagará la entrega primera, al recibir esta se satisfará la segunda y así sucesivamente; en su consecuencia vendrá á salir la obra completa á los señores suscritores por unos *treinta y cuatro reales*.

SE HA PUBLICADO EL CUARTO CUADERNO, y se publicará muy en breve el QUINTO.

Los Sres. suscritores se servirán pasar á recoger los cuadernos publicados al punto en que hayan hecho la suscripcion.

Se suscribe en esta ciudad en las librerías de Fando, calle Ancha, núm. 34, y de Hernandez, Cuatro Calles.

En Madrid, en trade D. Eusebio Aguado, calle de Postigos, y en el almacen de papel y libros de Don Victoriano Hernandez, calle del Arenal.

TOLEDO.
IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.